

JUAN DE LA CUEVA (1543-1612)

EL INFAMADOR

Todas las personas de la comedia del infamador

LEUCINO, galán infamador.
FELICINA, criada de Eliodora.
VENUS, diosa de amor.
HIRCANO, padre de Eliodora.
HIPODAURO, salvaje.
DIANA, diosa de la castidad.
TERCILO, paje.
TEODORA, alcahueta.
MORFEO, ministro del sueño.
TERECINDA, alcahueta.
ESCRIBANO.
NÉMESIS, diosa de las venganzas.
EL DIOS DEL SUEÑO.
PELORO, caballero,
DEMOLIÓN, salvaje.
BETIS, río.
HORTELIO, criado.
FARANDÓN, rufián.
PORCERO, alcahuete.
JUSTICIA.
CORINEO, padre de Leucino.

PRIMERA JORNADA

Argumento de la primera jornada

Leucino se sale vanagloriando de lo que puede y hace con su riqueza. Cuéntale Hortelio, un criado suyo, lo que pasó a Teodora, alcahueta, entrando a hablar a Eliodora. Viene Teodora; cuenta por estenso todo el caso que le pasó. Farandón, criado de Leucino, viene al llamado de su señor. Eliodora y Felicina salen de su casa. Encuéntralas Leucino; quiere hacerle fuerza a Eliodora; la diosa Némesis se lo impide y avisa del daño que le amenaza si no desiste de tal pretensión.

Personas de la primera jornada

LEUCINO, galán infamador.

TERCILO, paje.

HORTELIO, criado.

TEODORA, alcahueta.

FARANDÓN, rufián.

ELIODORA, dama

FELICINA, criada.

NÉMESIS, diosa.

[ESCENA I]

[LEUCINO, solo]

LEUCINO.

Con próspero viaje
y favorable viento
navega a quien espera la riqueza;
del mar no siente ultraje,
que a su furor violento
el oro aplacar hace la fiereza.
Huye dél la tristeza,
todo le es favorable,
no le contrasta nada;
tiempla como le agrada
a la Fortuna fiera y variable
cual yo, que a mi deseo,
con mi riqueza lo que quiero veo.
No me pone en cuidado
ninguna cosa humana,
porque a medida del deseo me viene;
de todos so estimado,
y de gloria mundana
por mi riqueza igual ninguno tiene.
Al que más le conviene
por decendencia ilustre,
si le falta el dinero
casi no es caballero;
si lo tiene un villano es de gran lustre,
porque con la riqueza
hoy se adquiere la gloria y la nobleza.

[ESCENA II]

[LEUCINO, TERCILO]

TERCILO.

Huélgome de hallarte tan contento,
y más de oírte engrandecer tus bienes
haciendo alarde dellos, dando al viento
cuenta particular de los que tienes.

LEUCINO.

Publico lo que siente el sentimiento.

TERCILO.

Bien está, mas que en eso te refrenes
por parecer te doy, porque es torpeza
de ánimo amar tanto la riqueza.

LEUCINO.

Como te hizo el cielo incapaz della,
tienes oír su nombre por odioso;
qu'el pobre no se harta de ofendella,
de invidia della y no de virtuoso;
publica que no quiere poseella,
que huye de su trato peligroso,
dando a entender qu'es justo desprecialla,
supliendo así el defecto de alcanzalla.

TERCILO.

No sé yo quién desprecia la riqueza,
porque me río cuando voy leyendo
de algunos que eligieron la pobreza,
sus bienes libremente repartiendo;
tenerla en tanto tengo yo a torpeza,
que parece que vas ennobleciendo
tu persona, y qu'el ser y la memoria
recibes della y no de tu alta gloria.

LEUCINO.

Yo entendí que eras menos majadero.

TERCILO.

Y aun yo creí otra cosa, que no digo,
de ti, pues en más tienes el dinero
que de tus padres el blasón antiguo.

LEUCINO.

¡Necio! Píntame agora un caballero
más qu'el Cid o qu'el godo rey Rodrigo,
que sea pobre, y ponlo en competencia
con un rico de oscura decendencia:
Verás a cuál se inclina la victoria
de las dos diferencias que publico,
y entenderás cuál vive en la memoria:
el noble pobre o el villano rico.
El uno muere, el otro vive en gloria,
el pobre enfada, el rico certifico
qu'es acepto, aunque sea el propio enfado,
y el pobre es confundido y desechado;
y para prueba desto quiero darte
por ejemplo el discurso de mi vida;
dejo la estimación que en toda parte
a mi persona ha sido concedida;
los trofeos de amor quiero acordarte,
pues sabes que no hay dama que rendida
no traiga a mi querer por mi dinero,
y no por ser ilustre caballero.

TERCILO.

¿Qué razón hay, que así generalmente
ofendas por las malas a las buenas?

LEUCINO.

¿Cuál mujer a mi amor no fue obediente?
¿Cuál no aplacó de mi deseo las penas?

TERCILO.

Muchas; y hay más que te diría al presente
qu'estrellas tiene el cielo y Libia arenas.

LEUCINO.

¡Bárbaro! ¡Si las hay nóbrame una,
porque yo no m'acuerdo de ninguna!

TERCILO.

¿Tan flaco de memoria estás agora
que no t'acuerdas cuántas no acetando
tu demanda, con saña vengadora
te dieron la respuesta amenazando?
Dejando las demás, sola a Eliodora
te quiero señalar, a quien amando
tan encendidamente procuraste

y con tanta inquietud solicitaste.

LEUCINO.

Aún no está ese negocio concluido,
que a Hortelio esté aguardando aquí que venga
con Teodora, que a Eliodora han ido
a pedirle que oírme por bien tenga.

TERCILO.

¿Eso intentas?, ¿aún no la has conocido?
¡Espántome que tanto se detenga
en ti una pertinacia tan molesta,
sabiendo claro que tan poco presta!

LEUCINO.

¿Estás en ti? ¡Agora entiendo y creo
que has perdido el juicio! Di, villano:
¿qué mujer hay que pida mi deseo
que no la tenga luego de mi mano?

TERCILO.

Quiero reírme d'ese devaneo,
pues tienes conocido y sabes llano
la constancia de aquel constante pecho
que siempre te ha tratado con despecho;
y conociendo el yerro que sustentas
y que no hay cosa humana que te guarde,
ruego a Dios que no llores lo que intentas.

LEUCINO.

¿Qué tengo que llorar? ¡Calla, cobarde,
que hoy te haré que veas claro y sientas
quién soy!

TERCILO.

No hagas desto más alarde,
mas oye a Hortelio, que te trae el recado
que aguardas: darás medio a tu cuidado.

LEUCINO.

¡Hortelio viene!, ¡oh venturosa empresa!
Anda, mi Hortelio, ¿ya no ves que aguardo?,
y la respuesta a tu demanda expresa,
que en el deseo de saberla ardo.

[ESCENA III]

[LEUCINO, TERCILO, HORTELIO]

HORTELIO.

¡Sosiégate!

LEUCINO.

¡Quien tiene el alma opresa
cual yo, tendrá por perezoso y tardo
al suelto Euro, al presto pensamiento,
si ellos le traen remedio a su tormento!

HORTELIO.

Señor, lo que podré decirte en esto,
que fuimos do mandaste yo y Teodora
la vieja. Yo en la calle quedé puesto,
y ella entró a negociar con Eliodora.
No te sabré significar cuán presto
negoció, que no en medio cuarto de hora
volvió donde yo estaba, de manera
que no podía conocer quién era.
Traía el rostro así cual si arrastrado
fuera por riscos y ásperos abrojos;
el cabello a raíz todo cortado,
lanzando sangre por la boca y ojos;
sin manto, saya, toca ni tocado,
que dello hizo el vencedor despojos;
y desta suerte vino donde estaba,
que vencedora en triunfo la esperaba.
Llamóme por mi nombre, y advirtiendo
en el sonido de la voz cansada,
fue a la pobre Teodora conociendo,
aunque en todo venía diferenciada.
Preguntéle del caso; ella temiendo
que la viesen y en verme avergonzada,
con su mano alzó un lado de mi capa
y así con ella lo que pudo tapa.
Díjome que torciese una calleja
que con la casa de Eliodora linda,
y la llevase a casa de una vieja
que vive allí, que llaman Terecinda.
Hícelo así, y al punto que empareja
con la puerta, la vieja se reguinda
por un desván, y baja más ligera
que subir suele el fuego a su alta esfera.
Teodora, sin que cosa me dijese

de aquel caso, me dijo que al momento
con toda priesa a te buscar viniese,
qu'ella luego será en tu acatamiento.
Dejéla cual mandó y como volviese
por la calle Real, mi desatiento
fue tal por darte nuevas de Teodora,
que sin pensarlo di con Eliodora.
De su casa a la calle iba saliendo
con sola su criada Felicina,
y dijo así, como me vio, riendo:
¡bien negoció la nueva Celestina!
No le osé replicar, y ella siguiendo
su vía sin hablarme más camina,
y el camino del río dirigieron
y yo me vine y ellas dos se fueron.

LEUCINO.

¿Que no te dijo quien así la puso?

HORTELIO.

Señor, no se aclaró conmigo en cosa.

LEUCINO.

¿Es posible? Alterado estó y confuso,
de horror tremiendo el alma congojosa,
porque entender que sola se dispuso
Eliodora a maldad tan rigurosa
es yerro. ¡El padre y ella lo trazaron,
y los demás que al hecho se allegaron!
Y así protesto y juro de vengarme
y de vengar la vieja en los que fueron;
que vida, hacienda y honra ha de costarme
satisfaciendo a quien por mí ofendieron.

TERCILO.

¡Sosiégate, señor!

LEUCINO.

¿Osas hablarme?

TERCILO.

Osaréte decir que si hicieron
a la maldita vieja tal afrenta,
que no es razón ponella tú a tu cuenta.

LEUCINO.

A mi cuenta la pongo, pues yo he sido
la causa, y por mí debe ser vengada;
y si Eliodora en ello ha consentido,
Eliodora será la ejecutada.

HORTELIO.

Señor Leucino, por merced te pido
que no se alterque en este caso nada,
pues viene allí la vieja. Ella dé cuenta
del caso incierto y de su cierta afrenta.

[ESCENA IV]

[LEUCINO, TERCILO, HORTELIO, TEODORA]

TEODORA.

Hijo Leucino, ya veo
en verte salud y vida.

LEUCINO.

Madre, seas tan bienvenida
cuanto el bien que más deseo.
Aquí estoy sin ti afligido,
revuelto en mil pesadumbres,
aguardando que me alumbres
de todo lo sucedido.

TEODORA.

Pensarte el caso contar
se me renuevan mis penas,
y la sangre por las venas
siento de temor helar;
mas siendo de ti mandada,
aunque huye la memoria
renovar la triste historia,
de mí te será contada:
Sabrás, Leucino, que fue
hoy a casa de Eliodora,
y siendo oportuna hora
a hablar con ella entré;
halléla en un corredor,
de muchas dueñas cercada,
ricamente aderezada,
revuelta con su labor.
Levantáronse en el punto
que yo entré, y ella alargando

su mano y la mía tomando
me sentó consigo junto;
las dueñas se desviaron
por no ser impedimento
y usar de comedimiento,
y así a solas nos dejaron.
Quedando a solas con ella,
qu'era lo que deseaba,
queriendo hablar no osaba,
y osando paraba en vella;
volvía en tan duro aprieto
tras mil consideraciones
con prevenidas razones,
y tampoco eran de efeto.
Al fin sacudí el temor
y apresté la lengua muda,
viendo que al osado ayuda
Fortuna con su favor;
díjele: bella Eliodora,
vida y señora mía,
perdonalde esta osadía
a vuestra sierva Teodora.
Yo vengo a sólo deciros
que deis lugar que Leucino,
pues cual sabéis es tan dino,
ose ocuparse en serviros;
notoria es su gentileza,
discreción y cortesía,
su donaire y bizarría,
su hacienda y su franqueza;
no tenéis en qué dudar,
bien podéis condecender,
que tan ilustre mujer
tal varón debe gozar.
Ella, que estaba aguardando
el fin de mi pretensión,
en oyendo esta razón
dio un grito al cielo mirando,
y dijo: ¡dime, traidora!
¿Qu'has visto en mí?, ¿qu'has oído
o qué siente ese perdido
del nombre y ser de Eliodora?
¡Si las cosas que contemplo
no impidieran mi ira fiera,
a bocados te comiera
dando de quien soy ejemplo!

En diciendo esto se fue
y las dueñas acudieron,
y de mí todas asieron,
que sola entr'ellas quedé:
las unas me destocaban,
las otras me descubrían,
otras recio me herían
con mil golpes que me daban;
después d'estar muy cansadas
de tratarme como digo,
dijeron: ¡este castigo
no nos deja bien vengadas!
Los cabellos me cortaron
con crueza que da espanto,
y sin tocado ni manto
en la calle me arrojaron.
Dejáronme desta suerte,
y aunque sin fuerzas ni brío,
vengo ante ti, señor mío,
a consolarme con verte;
aquí esté, y si alguna cosa
resta que hacer en esto,
no entiendas que lo propuesto
me ha dejado temerosa.

LEUCINO.

Madre Teodora, no sé
con qué respuesta te acuda,
que tengo la lengua muda
y el alma cual no pensé;
y así, pues ha sucedido
y a lo hecho no hay remedio,
acomodemos el medio
que remedie lo perdido.
Ve, Tercilo, con la madre,
y treinta escudos doblados
que me tienes, le sean dados
sin que lo sienta mi padre;
y tú, madre, ve en buen hora,
que yo hago juramento
de vengarte a tu contento.

TEODORA.

¡Besa tus manos Teodora!

LEUCINO.

Tercilo, di a Farandón
que lo quedo aquí aguardando.

TERCILO.
Señor, yo haré tu mando.

LEUCINO.
¡Sin punto de dilación!

[ESCENA V]

[LEUCINO, HORTELIO]

LEUCINO.
Hortelio, ¿sabrás llevarme
a donde Eliodora fue?

HORTELIO.
Por donde fue bien sabré.

LEUCINO.
Eso bastará a guiarme.
Yo determino ir allá,
y puesto delante de ella
proponelle mi querella
y oír qué respuesta da;
si fuere en darme favor
pediréle el premio luego,
y en no acetando mi ruego
he de usar todo rigor.

[ESCENA VI]

[LEUCINO, HORTELIO, FARANDÓN]

FARANDÓN.
Con gran priesa a llamar m'envía mi amo.
¿Qué me puede querer? ¡Dios sea conmigo
y me vuelva a los ojos de quien amo,
libre de riesgo, afán, prisión, castigo!

LEUCINO.
¡Ah, Farandón!

FARANDÓN.
¿Quién llama?

LEUCINO.
¡Yo te llamo!

FARANDÓN.
¡Señor, ya vengo!

LEUCINO.
Dime presto, amigo:
¿vienes de armas bien aderezado?

FARANDÓN.
¡La de Ioannes me fecit traigo al lado!

LEUCINO.
No has menester tú más, que tu braveza
suple, y el corazón, la falta de armas.

FARANDÓN.
¿De qué puede servirte mi fiereza,
si en los casos de riesgo no me armas?

LEUCINO.
¿Temes?

FARANDÓN.
No temo yo ni ésta es flaqueza.
Lo que temo es a ti que te desarmas,
que yo los cueros tengo de serpiente.

LEUCINO.
¡Vamos!, que bueno vas, no venga gente.

[ESCENA VII]

[ELIODORA, FELICINA]

ELIODORA.
Antes que nos deje el día,
Felicina, ¿qué haremos?

[FELICINA]
Señora, que desechemos
la triste melancolía;
y vamos por este prado
cual solemos a espaciarnos,

qu'esto podrá repararnos
del riguroso cuidado.

ELIODORA.

Tu parecer me contenta:
sigue ese estrecho camino
por donde Betis divino
de la vista no se ausenta.

FELICINA.

Aquí te puedes sentar,
que la Vega deleitosa
y la ribera espaciosa
se dejan mejor gozar.
¿No te agrada este ruido
que Betis hace hiriendo
en las peñas, y saliendo
riega el Prado y verde ejido?
Mira cómo da la vuelta
y se nos desaparece,
y acullá se nos parece
la frente en ovas revuelta.

ELIODORA.

Deleitoso y agradable,
Felicina, es todo esto;
y la quietud deste puesto,
apacible y saludable.
Aquí mitiga el cuidado
su ansia y congoja dura,
gozando del aura pura
y la suavidad del prado.

FELICINA.

¡De muy buena voluntad
pasara yo aquí la vida!

ELIODORA.

¡Restauralla, de perdida,
fuera esta suavidad!

FELICINA.

¿Qué rumor es el que suena?

ELIODORA.

No sé, gente me parece.

¡El alma se me entristece!

FELICINA.

¡Yo estoy de valor ajena!

ELIODORA.

¡Ay, sin ventura, de mí!

¿No ves quién viene?, ¡ay, cuitada!

¿Si viene a hacer vengada
a la vieja en mí y en ti?

FELICINA.

No hablemos, calla agora;
podrá ser que no nos vea.

ELIODORA.

¡El cielo así lo provea!

FELICINA.

Sí hará. ¡Esfuerza, Eliodora!

[ESCENA VIII]

[ELIODORA, FELICINA, LEUCINO, HORTELIO, FARANDÓN]

LEUCINO.

Dime, Hortelio: ¿qué camino
tomó Eliodora de aquí?

HORTELIO.

Aquel que se aparta allí.

LEUCINO.

Anda, que tras ti camino.

HORTELIO.

Señor, dende aquí las veo.

LEUCINO.

¿Tú las ves? Yo no... ¡Es verdad!

¡Las espadas aprestad,

que ya estamos do deseo!

Eliodora, el duro amor

cuyo poder me sujeta,

que venga ante ti me aprieta

a ofrecerme a tu rigor;

no llares atrevimiento
el venir a tu presencia,
pues amor me da licencia
y mi fe consentimiento.

ELIODORA.

Estoy de tu pretensión,
caballero, tan corrida,
que quisiera dar la vida
por respuesta a tu razón;
mas por no hacer notoria
tu demanda, y que se entienda
cosa que mi honor ofenda,
dejo de gozar tal gloria;
porque quiero asegurarte
que si amor te trae encendido,
que es tiempo ocioso y perdido
si piensas en mí emplearte;
y así te ruego, si sientes
qué es honor o qué es deshonra,
que mires lo que es mi honra;
lo que no, que no lo intentes.

LEUCINO.

¿Cuál dureza de diamante
no se hubiera enternecido
a mi ruego? ¿Cuál ha sido
en el mundo semejante?
¿Sola tú quieres triunfar
de mi contento y victoria?
¿Sola tú quieres la gloria
de ser amada y no amar?
Pues, Eliodora, yo estoy
determinado a morir,
o darte muerte o cumplir
el fin que pretendo hoy.

ELIODORA.

Bien podrás sacarme el alma
forzado de tu pasión;
mas cumplir tu pretensión
no, ni honrarte con tal palma.

LEUCINO.

Quiero ver quién me defiende
que no haga mi querer.

FELICINA.

¡Señor, no quieras hacer
lo que al cielo y Dios ofende!
Pon delante la nobleza
de los padres de Eliodora
para refrenar agora
el furor de esa fiereza.

LEUCINO.

No tengo que mirar nada.
¡Suéltame!, ¡no me detengas!

FELICINA.

¡Cuando en este pecho tengas
esa espada atravesada!

ELIODORA.

¡Oh dioses de cielo y tierra
que miráis mi triste estado:
alguno de mí apiadado
me dé ayuda en esta guerra!

LEUCINO.

¿Que no me quieres soltar?

FELICINA.

¡Sosiégate, señor mío!

ELIODORA.

¡Ninfas deste bosque y río,
salidme agora 'ayudar!
¡Y tú, Betis glorioso,
que mi peligro estás viendo:
envíame un dios corriendo
con socorro presuroso!

LEUCINO.

¿Tanto ha de poder tu fuerza,
Felicina, que me impida
ser mi voluntad cumplida
y que de mi intento tuerza?
¡Esto ha de ser desta suerte!

ELIODORA.

¡Dioses, diosas!, ¡dadme ayuda!

LEUCINO.

¡Yo quiero ver quién te ayuda
o quién osa defenderte!

[ESCENA IX]

[ELIODORA, FELICINA, LEUCINO, HORTELIO, FARANDÓN, NÉMESIS]

NÉMESIS.

Deja, Leucino, aquesa virgen bella
y advierte atentamente lo que digo,
porque yo vengo a sólo defendella
y darte si la ofendes cruel castigo.

LEUCINO.

¿Quién eres tú, que a la defensa della
osas ponerte y a hablar conmigo?

NÉMESIS.

Quién soy yo lo diré. ¡Vete, Eliodora,
con quien la excelsa Híspalis se honora!
Y porque entiendas la deidad que tengo
y que soy de los dioses celestiales,
yo soy la diosa Némesis, que vengo
a dar castigo a semejantes males;
los bienes premio y los males vengo,
y véngolos de suerte en los mortales
que con aquesta mano poderosa
doy la vida o la muerte rigurosa;
la cual te diera aquí, y con este intento
(sin que me lo impidiera cosa alguna)
vine volando de mi etéreo asiento
que está fijado encima de la Luna,
y viendo que tu horrible pensamiento,
que te condena a muerte, en cosa alguna
no ofendió la doncella, quiero darte
aviso, aunque era justo castigarte.
Y por dar fin a mi razón, concluyo
que mudes parecer y que a Eliodora
no sigas, que tu intento con el suyo
diferencian cual noche y blanca aurora.
Esto te cumple y el remedio tuyo
es éste que te doy, y desde agora
puedes aparejarte, que excediendo
desto, se te apareja fin horrendo.

[ESCENA X]

[LEUCINO, FARANDÓN, HORTELIO]

LEUCINO.

¿Qué os parece el caso? ¿Haos espantado?

FARANDÓN.

¿Qué llamas espantar? ¡Por el pesebre
do el caballo del Cid estuvo atado,
que debes de entender qu'el hombre es liebre!
¿Quieres, si en algo te dejó agraviado,
le corte un brazo o una pierna quiebre,
o a bofetadas le deshaga el rostro,
de suerte que la deje hecha un monstruo?

LEUCINO.

No pongáis duda, yo lo entiendo y creo
qu' ésta es forma fantástica que ha sido
por hechizos sacada del Leteo
al mundo, y no la diosa que ha fingido;
que Eliodora, entendiendo mi deseo
y que a forzarla estaba resumido,
conjuro 'aquel espíritu que fuese
quien me ocupase mientras ella huyese;
y así quiero, pues ella usó de arte
para poder librarse de mis manos,
usar de industria yo, que no sean parte
para librala sus hechizos vanos.
Veré si hay otra diosa que la aparte
de mí; y para el efecto oídmme, hermanos:
estad conmigo, porque cumple al hecho
entenderme y que sea al momento hecho:
Luego que dé su luz la blanca Aurora,
una junta en mi casa hacer quiero
de alcahuetas, que juntas a Eliodora
hablen, y entre ellas enviaré a Porcero;
éste, como sabéis, punto ni hora
falta de estar conmigo y por dinero
venderá su linaje, y cada día
me dice que hará a Eliodora mía.
El padre de Eliodora, qu'es Hircano,
favorece a Porcero y le da entrada
en su casa, do tiene tanta mano
que por él es regida y gobernada;

éste hará lo que deseo llano
como le sea alguna cosa dada,
y así quiero, pues él se me ha ofrecido,
valerme de lo qu'él me ha prometido.

HORTELIO.

Camino es ése de alcanzar tu intento,
que no es posible no hacer efecto
llevando tan seguro fundamento
y siguiendo un acuerdo tan discreto.

LEUCINO.

Vamos a reposar, y el descontento
que m'ha traído a su rigor sujeto
huya de mí gozando de Eliodora,
aunque pese a la diosa vengadora.

SEGUNDA JORNADA

Argumento de la segunda jornada

La diosa Venus se querella de lo poco que puede [en] Eliodora. Pide al dios del Sueño que le adormezca a Felicina, criada de Eliodora. Trasfórmase Venus en Felicina. FARANDÓN, criado de Leucino, por su mandado, llama a Teodora y a Terecinda, y Porcero, criado de Eliodora; tratan de irle a hablar. FARANDÓN cuenta un suceso que le sucedió; conciertan la ida a casa de Teodora. Teodora y Terecinda hacen un conjuro, del cual sacan prósperos agujeros para el fin de su negocio.

Personas de la segunda jornada

DIOSA VENUS.

DIOS DEL SUEÑO.

MORFEO, sueño.

FARANDÓN, rufián.

PORCERO, alcahuete.

LEUCINO, galán disfamador.

TERCILO, paje.

TERECINDA, alcahueta.

TEODORA, alcahueta.

[ESCENA I]

[VENUS, sola]

VENUS.

¿Tan grande atrevimiento ha de sufrirse?
¿Que a mi deidad, temida y acatada,
la ofendan sin que pueda resistirse?
¡Ay, triste Venus, ya menospreciada,
tenido en poco tu poder eterno,
de los dioses y aun hombres maltratada!
¡Ay, triste Venus, pues en llanto tierno
se convierten los triunfos que has ganado
del mundo, el cielo y del horrible infierno!
¿Soy Venus yo? ¿No soy la que forzado
truje al gran Jove a convertirse en toro
y pasar con Europa el mar a nado?
¿No le hice volver en lluvia de oro
por Dánae, en cisne por gozar de Leda,
y dejar por Egina el alto coro?
Pues si soy Venus yo, ¿quién hay que pueda
resistir el querer y mando mío?
Mas no lo soy, pues Némesis lo veda.
No vedará ni en mi deidad confío
si no saliere en esto con mi intento
y pagare su ciego desvarío,
que no sin causa, tracendiendo el viento,
vengo a buscar al Sueño perezoso
aquí a Cimerio desde mi alto asiento;
y pues mi ansia no me da reposo,
quiero llamallo y dar principio a un hecho
que ha de hacer mi nombre más glorioso:
¡Ah, dios del Sueño!, ¡deja el blando lecho!,
¡sal dond'estoy de aquesa cueva oscura
presto, que así le cumple a mi derecho!

[ESCENA II]

[VENUS, DIOS DEL SUEÑO]

DIOS DEL S.

¿Quién con tan grandes voces me apresura
y me manda dejar mi blanda cama?
¡Váyase!, ¡no me estorbe mi dulzura!

VENUS.

¡La diosa Venus es la que te llama!
Sal, de ti sacudiendo la pereza

y la flojedad torpe que te ama.

DIOS DEL S.

Diosa de Cipro, ¿quién a la aspereza
deste monte Cimerio te ha traído,
dejando al sacro Idalio tu grandeza?

VENUS.

Oye atento. Sabrás que yo he venido
a tu horrible caverna a demandarte
favor en un negocio sucedido;
y porque detenerme en recitarte
el caso no conviene, sólo quiero
de lo que hacer debes avisarte:
Tú has d'enviar un sueño con ligero
vuelo, a la gran ciudad que Betis riega,
qu'es Híspalis, de Marte y Febo impero.
Aquí está una doncella que me niega
el vasallaje y contra mí se indina,
de vana presunción y altivez ciega;
tiene nombre Eliodora, y aunqu'es dina
de toda gloria, cumple a mi servicio
que se someta a mi deidad divina;
y así quiero que usando tu ejercicio
me aduerma a Felicina su criada,
que cumple para ver lo que codicio.

DIOS DEL S.

Gran diosa en Gnido y Pafo celebrada,
hija de Jove y madre de Cupido,
temida de los dioses y adorada:
tu mando será presto obedecido,
y así para cumplirse tu deseo,
el sueño enviaré luego que has pedido.
No será Iceladón, aunque dél creo
que hará lo que mandas, ni a Fantaso,
mas el que allá enviaré será Morfeo.
Éste es tan diestro cual conviene al caso,
y así quiero llamallo, porqu'el vuelo
levante y deje ya el terreno paso.
¡Ah, ministros del sueño, don del cielo!:
¡recordad a Morfeo, que dejando
la blanda cama pise el duro suelo!
¡Presto!, ¡no aguardéis más, qu'estó aguardando!
¡Ea, Morfeo, aprieta!, ¡aprieta, amigo!
¡Aprieta, que la noche va pasando!

[ESCENA III]

[VENUS, DIOS DEL SUEÑO, MORFEO]

MORFEO.

¿Qué es lo que quieres? Ya me ves contigo,
desviándome así de mi reposo.

DIOS DEL S.

Oye, Morfeo, y advierte lo que digo:
Conviene que dejando el perezoso
sueño, a Híspalis vayas con presteza,
los vientos precediendo presuroso;
allí has de aquejarle con graveza
a Felicina, moza de Eliodora,
con sueño profundísimo y pereza;
has de tenerla así sin que señora
sea de sí, sin que se mueva o sienta,
hasta que a Venus le parezca hora.

MORFEO.

Dios de Cimerio, si eso te contenta
no me detengas. Déjame ir corriendo,
que detenerme tanto me atormenta.

DIOS DEL S.

Así cumple, y las alas descogiendo,
haz camino por esa sombra oscura.

MORFEO.

Así será, tu mando obedeciendo.

DIOS DEL S.

Venus, diosa de eterna hermosura,
ya que a cumplir tu mando va Morfeo:
¿qué quieres más desta caverna dura?

VENUS.

Que a tu reposo vuelvas, que el deseo
de ver el fin que intento concluido
me llama, y la ocasión que acercar veo.

DIOS DEL S.

Así cual lo deseas veas cumplido,
y queda, excelsa diosa, en paz agora,

que a restaurar el sueño voy perdido.

[ESCENA IV]

[VENUS, sola]

VENUS.

Yo quiero ir a casa de Eliodora
y la forma tomar de Felicina,
y ayudar a Porcero y a Teodora;
que teniendo Eliodora tan vecina
la llama de mi fuego poderoso,
el odio perderá y será benina
con Leucino, y yo habré triunfo glorioso.

[ESCENA VI]

[FARANDÓN, solo]

FARANDÓN.

Bien medrarás, Farandón,
en esta mercadería,
que aun bien no se muestra el día
y vas hecho postillón.
¡Mal haya quien se sujeta
pudiendo libre vivir,
por no venir a servir
de alcahuete y estafeta!
Mi amo quiere hoy hacer
de alcahuetas una junta,
y desque la tenga junta
pedilles su parecer.
Vengo a llamar a Teodora,
que vive aquí. Llamar quiero;
luego avisaré a Porcero
y a Terecinda si hay hora.
Durmiendo debe d'estar.
¿No oye?, ¿quién está acá?

[ESCENA VI]

[FARANDÓN, TEODORA]

TEODORA.

¿Quién llama? ¿quién está allá?
¡Han visto qué golpear!

FARANDÓN.

Abre, madre, que yo soy.
Teodora, ¿no me conoces?
¿Tan presto me desconoces?

TEODORA.

¡Ya te conozco!, ¡ya voy!

FARANDÓN.

¡Cuán sin cuidado dormía!
¡Mal haya quien la parió!
¡Y estoy levantado yo
antes que saliese el día!

TEODORA.

De aquí me puedes hablar,
que abrirte no puedo agora;
que he menester más de un hora
para vestirme y bajar.

FARANDÓN.

¡Buena estás a esa ventana!
Madre, a lo que vengo aquí
es a que vayas tras mí.

TEODORA.

Harélo de buena gana.
¿Quieres otras cosa, amigo?

FARANDÓN.

Díjome más que te diga
que a Terecinda tu amiga
llames y lleves contigo.

TEODORA.

Hijo, di que su demanda
al momento cumpliré,
y conmigo llevaré
a mi comadre, cual manda.

FARANDÓN.

Madre, yo voy a aguardarte.

TEODORA.

¡Ve, hijo, que tras ti voy!

FARANDÓN.

A los diablos te doy,
y aun a quien m'envía a llamarte.
Esto queda negociado;
resta llamar a Porcero,
que vive allí. Llegar quiero,
que ya estará levantado.

[ESCENA VII]

[FARANDÓN, PORCERO]

FARANDÓN.

¡Ah de casa!, ¿aún duermes agora?

PORCERO.

¿Quién llama?, ¿quién está ahí?

FARANDÓN.

¡Yo llamo!, ¡yo estoy aquí!

PORCERO.

¡Oh, qué venturosa hora!
¿Qué hay por acá, Farandón?

FARANDÓN.

Mi amo te envía a rogar
que le vayas a hablar
luego, sin más dilación.

PORCERO.

¡Vamos! Mas, ¿quieres que echemos
un par de rehilanderas,
con una tajada y peras?

FARANDÓN.

No, qu'en casa lo haremos.

[ESCENA VIII]

[VENUS, sola]

VENUS.

Quiero ver si puedo algo
y que se entienda quién soy,

haciéndole saber hoy
a Eliodora lo que valgo.
Mudaréme en Felicina,
a quien el Sueño detiene,
y pues al hecho conviene,
Venus, ¿qué aguardas? ¡Camina!

[ESCENA IX]

[LEUCINO, solo]

LEUCINO.

Camina, pensamiento, donde vivo,
no te deviertas ni el camino tuerzas;
dile a Eliodora el mal que sufro esquivo,
y que tú solo en mi dolor t'esfuerzas;
que las vitales fuerzas
desfallecen, y el cuerpo miserable
la parte corruptible
le deja en el terrible
dolor que sufre, al mundo ya notable,
y qu'el alma desierta anda vagando,
el alma donde vive procurando.

[ESCENA X]

[LEUCINO, FARANDÓN, PORCERO]

FARANDÓN.

Por buena priesa que traído habemos,
fuera de casa es ido ya Leucino.

PORCERO.

Bien cerca está, pues desde aquí le vemos
y aun a nosotros tuerce su camino.

LEUCINO.

¡Ah, Farandón!, ¿qué haces?, ¿qué tenemos?,
que ya me tienes de aguardar mohíno.

FARANDÓN.

Señor, ya vengo, y el señor Porcero.

LEUCINO.

¡Venga, que a él sólo por remedio espero!

PORCERO.

Beso, señor, tus manos generosas.

LEUCINO.

Porcero amigo, el cielo te acompañe
y repare mis ansias trabajosas,
de suerte que quien digo no me dañe.

FARANDÓN.

Teodora y Terecinda presurosas
vendrán luego, y permíteme qu'engañe
el sueño con dormir sólo un momento.

LEUCINO.

¡Anda, vete! Oye tú mi pensamiento:

[ESCENA XI]

[LEUCINO, PORCERO, TERCILO]

LEUCINO.

Ya sabes, ¡oh Porcero, amigo mío!,
el deseo qu'enciende mi cuidado,
la pena, el odio, el áspero desvío
con que soy d'Eliodora desdeñado;
y pues lo sabes, sabe que confío
que ha de ser mi tormento remediado
mediante tu favor, siguiendo un orden
que reduzga a razón este desorden.
Ya te conté que habiéndole a Eliodora
dado un recaudo mío, las criadas
viendo airarse de oírlo a su señora,
contra la vieja fueron indignadas.
Acordándome desto, quiero agora
venidas las dos viejas que llamadas
son, para que tú y ellas deis un medio
que conmueva a Eliodora a mi remedio.

PORCERO.

Muchas veces, pidiéndome consejo
sobre este caso, he dicho abiertamente
lo que te cumple, como astuto y viejo
y como aquel que más tus ansias siente;
y tú sin advertir lo que aconsejo,
acudes al remedio diferente
de tu salud, de suerte que agora dudo

que haga el ruego lo qu'el mando pudo.

LEUCINO.

Porcero, no me hagas imposible
lo que consiste en sólo tú querello;
que bien sabes que sé qu'esto es posible,
y más qu'esto, queriendo tú hacello.
Remedia mi dolor y mal terrible,
que yo te doy la fe, si alcanzo a vello,
que de mí hayas tan honrosa paga
qu'el galardón al hecho satisfaga.

PORCERO.

No es cosa nueva usar, señor, conmigo
en mi necesidad de tu largueza,
que las obras presento por testigo,
pues han enriquecido mi pobreza;
mas volviendo al negocio, yo te digo
que me tiene perplejo su graveza;
mas ten cierto de mí que aunque perezca
he de hacer que hoy tu mal fenezca.
El tiempo es conveniente, cual demanda
la pretensión del caso que seguimos:
qu'el padre no está en Híspalis, que anda
en su hacienda, qu'es lo que pedimos.

LEUCINO.

¿Qu'el padre no está aquí? Yo veo mi banda
prevalecer, y el premio conseguimos.
¡Sus, amigo!, ¿qué aguardas? ¡Sigue un modo!

PORCERO.

¿Vendrán las viejas que han de ser el todo?

LEUCINO.

¿Eso aguardas no más? ¡Tercilo, parte!
¡Llámame a Farandón que venga luego!,
¡qué las torne a llamar!, ¡ve sin tardarte,
que estoy aquí y estoy ardiendo en fuego!

TERCILO.

Bien puedes d'esa llama resfriarte
si en su venida pones tu sosiego.
Veslo allí donde viene voceando,
con la espada en la mano amenazando.

[ESCENA XII]

[LEUCINO, FARANDÓN, TERCILO, PORCERO]

FARANDÓN.

¡Cualquiera que dijere qu'este agravio
puede satisfacerse sin castigo
digo que miente, y salga luego al campo,
donde al contrario le haré que diga
o a bofetones le haré que lance
la lengua con el ánima revuelta!

LEUCINO.

¡Déjalo! Oigamos qué ocasión lo indina.

FARANDÓN.

¡Reñegaré de cuanto el duelo escribe,
de las leyes germanas y birlescas,
y de cuanto aprendí del padre Lorca,
si hombre dejare en esta calle a vida,
si no es que Dios lo libra por milagro
o a mí me traga el centro de la tierra!

LEUCINO.

¡Echando viene fieras amenazas!
¡Sosiégate! ¡Veamos en qué para!

FARANDÓN.

¡Otro goce el abrazo y los regalos
de doña Magandina, mis amores,
si en la venganza del agravio hecho
no hiciere hoy en hombres más estrago
que hizo sobre Troya el poder griego!

TERCILO.

¡Historiador se hace! O yo me engaño
o viene con la carga delantera,
y antes que caiga es bien que lo llamemos,
si saber quieres qué lo trae colérico.

LEUCINO.

¡Ah, Farandón!

FARANDÓN.

¿Quién llama?

LEUCINO.
¡Yo te llamo!

FARANDÓN.
¡Oh, señor, que me coges de tal suerte
que por mejor tuviera no encontrarte,
porque según la cólera me enciende,
el no verme te fuera más seguro!

LEUCINO.
¡Deja el enojo y dime qué te enoja!

FARANDÓN.
¡Haré lo que me mandas como debo,
que a ser otro llevara otra respuesta!
Sabrás, señor, que vino como suele
a la posada doña Magandina
de Zúñiga, mi moza de respecto;
trújome unos arenques de Galicia
con una media que mercó en el pósito,
y un pedazo de queso de Mallorca;
un plato de aceitunas con pimienta
con mucho alcaparrón, y berenjenas
curtidas en vinagre con especias;
y un gran jarro de mosto de Cazalla
que pasaba de más de cinco hojas
y de más de un azumbre la medida.
Tendió el canto del manto sobr'el poyo
por manteles, sirvió de xervilleta
el mandil del caballo, y desta suerte
muy a nuestro sabor le dimos fondo;
y como hubiese en esto detenídose,
salió para volverse a su botica.

LEUCINO.
¿Es boticaria doña Magandina?

FARANDÓN.
No, mas llaman botica adonde gana.

LEUCINO.
Eso no sabía yo. Pasa adelante.

FARANDÓN.
Al fin, señor, poniéndose en la calle
para ir su camino, volvió a verme;

y Argelilla, la moza del vecino,
sin respeto ninguno l'echó encima
una caldera de agua del fregado,
llena de berzas verdes, brodio y mugre,
que la cubrió de arriba abajo toda
aquel ñublado espeso de cocina.
Yo, que vi tal agravio, salí fuera
diciendo que era hecho de ruines,
lo cual sustentaría con la espada;
aparóse Argelilla, y sonriéndose
de vella cual estaba, dijo: amigo,
¡tenga en esas razones más templaza
o haránle que sea menos bravo!
Alcé el rostro, que nunca yo lo alzara,
queriendo responder, y a este punto
trastornó sobre mí un noturno vaso
con un hedor pestífero, qu'el rostro
me cubrió todo y me dejó de suerte
que conocerme nadie no pudiera;
ni aun se llegara nadie a conocerme
según era el olor que de mí echaba,
que he menester mudar hasta los cueros
si quiero despedillo, que la ropa
a tiro de arcabuz no hay aguardalla.
Aquí acudieron más de mil muchachos
y empiezanme a dar grita, y con palmitos
y suelas de zapatos a tirarme
unos por una parte, otros por otra,
de suerte que temiendo su violencia
me encerré en casa, en su poder dejando
a doña Magandina, mis amores,
que tomándola a cargo la pusieron
peor que a mí, y sobre aqueste agravio
vengo a dar muerte a toda aquesta calle;
y aun estoy por matar a los poetas
y a los historiadores, porque oyendo
tal hazaña no quieran escrebilla
y della hagan la memoria eterna.

LEUCINO.

¡Si hubieras de matar los que conozco,
tenías que hacer docientos años
aunque mataras cada día un ciento!
Mas dejando esto aparte, al punto parte
y tráeme aquí las viejas que llamaste.

FARANDÓN.

Ya vienen. ¡Mil diablos se las lleven
y a quien con un amén no me ayudare!

[ESCENA XIII]

[LEUCINO, TERCILO, PORCERO, TEODORA, TERCINDA]

TEODORA.

Salud tengas, señor mío,
tú y la noble compañía,
convenciendo la porfía
de Eliodora y cruel desvío.

LEUCINO.

Madre, seas muy bien venida
a dar vida a quien te espera,
tú y la honrada compañera.

TERECINDA.

Honrada sea tu vida.

LEUCINO.

Dejemos comedimientos
y al propósito vengamos,
que lo qu'en hablar tardamos
es atajar mis intentos;
y así quiero proponeros
en dos razones el caso,
qu'esto sólo hace al caso,
sin cansarme y deteneros.
Ya sabéis cómo Eliodora,
ocasión de mi cuidado,
en oyendo mi recado
se volvió contra Teodora;
resta agora que, no obstante
su ira, busquemos medio
que de ablandar sea remedio
aquel pecho de diamante.
Ésta ha sido la ocasión;
en vuestras manos he puesto
mi honra, y por lo propuesto
entenderéis mi intención.
Conformaos en un acuerdo,
y este acuerdo sea de suerte
que acabe mi pena fuerte

y admire al hombre más cuerdo.

TEODORA.

Parecerá cobardía
decir lo que desto entiendo,
como quien estuvo viendo
su constancia en mi osadía;
mas con todo esto no huyo
de tomarme a ver con ella
y aun hacer, si alcanzo a vella,
mover el intento suyo.

PORCERO.

Yo, como quien tiene entrada,
me profiero a dar la puerta
cuando quisieres abierta,
y a Eliodora apaciguada.
Haré que oiga tu razón,
y si se altera de oírte,
podré también acudirte
y aplacar su alteración.

TEODORA.

Como la entrada me des
y a Eliodora que me aguarde,
yo quedaré por cobarde
si hoy rendida no la ves.

TERECINDA.

Espantada estoy de oírte,
comadre, ¿do tu buen seso,
qu'en cosas de tanto peso
al fin osas proferirte?
Promete verte con ella,
no rendilla tan de presto,
qu'es mucho lo que has propuesto
conociendo el valor della.

TEODORA.

Terecinda, ¿estás burlando?
¿Do tu sutileza y maña,
tu esfuerzo, tu industria estraña,
que ha sido absoluto en mando?

TERECINDA

Teodora, con la esperencia

He ya alcanzado a saber
qu'es vanidad prometer
las cosas en contingencia;
Que Eliodora no es quienquiera
para prometella luego,
Pues por interés mi ruego
convencella no se espera.

TEODORA.

¿No es ésa costumbre tuya?
Tú, que habías de animarnos,
¿eres en desanimarnos?
¡No sé a qué me lo atribuya!

TERECINDA.

Esto no es quitarte el ánimo
ni enflaquecer de mi esfuerzo,
porqu'en los riesgos esfuerzo
y al flaco hago magnánimo.
No impido lo que acometes,
mas digo que sea de suerte
que aunque recibas la muerte
salgas con lo que prometes.

TEODORA.

Bien sabes que si me aguarda,
aguardándote Eliodora,
no me espantará Teodora,
mas si te ha de aguardar temo;
y ésta es la dificultad
que en este negocio hallo,
para poder acaballo
con mucha felicidad.

PORCERO.

Yo he dicho, y torno a decir
que la puerta haré de daros
y a Eliodora haré a escucharos.

TERECINDA.

Eso sólo hay que pedir;
que si la puerta nos da
y nos oye, yo aseguro
qu'el pecho de mármol duro
más que cera se pondrá.

PORCERO.

Pongamos manos en la obra;
vámosle luego a hablar,
porque en dejando pasar
la ocasión, tarde se cobra.

TEODORA.

Bien dices, ¡vete con Dios!
y de aquí a un cuarto de hora
que tú estés con Eliodora,
iremos ambas a dos.

PORCERO.

A aguardaros allá voy.
Queda en paz, y tú, Leucino.

LEUCINO.

Al cielo tengas benino
porque acabe mi mal hoy.

[ESCENA XIV]

[LEUCINO, TEODORA, TERCINDA]

TEODORA.

Tercinda, consultemos
este negocio y veamos
las señales que hallamos
o lo que en contra tenemos.

TERECINDA.

Paréceme que conviene.
Tercilo, éntrate tú allá;
tú, Leucino, ponte acá
y aguarda a ver lo que viene.
Deste modo se asegura
nuestro negocio; está quedo,
óyenos sin tener miedo,
que en esto está tu ventura.

TEODORA.

Pon la vista al Oriente,
en cuanto que aderezo
estos lizos, mojados en la onda
de Flegetón ardiente,
y pongo el aderezo

para que el triste Averno me responda
si de la estancia honda
donde tiene su asiento
del Érebo la reina poderosa,
espíritu saliere y otra cosa;
ten cuenta y mira el viento
si cuervo o si paloma pareciere,
o siniestra corneja se ofreciere.

TERECINDA.

Con prósperas señales
de fatídico agüero
se nos demuestra el cielo generoso
en ocasiones tales,
si en esto es verdadero
el disponer del Hado venturoso.
Hoy será victorioso
Leucino desdeñado,
que en este punto con ligero vuelo
dos palomas bajar vide del cielo,
que Venus ha enviado,
y sobre un verde mirto se pusieron
y cogiendo dos ramas dél, se fueron.

TEODORA.

Tiende en tomo esos lizos,
por donde yo derramo
estas cenizas del Trinacrio monte,
y con fuertes hechizos,
a responder me llamo
los espíritus negros de Aqueronte.
Antes qu'el horizonte
se cubra, ¡oh triste Huerco!,
a quien con ronca voz fuerzo y apremio,
dale a mis obras el debido premio,
y ponme en este cerco
una señal que el fin que intento aclare,
por donde yo lo que será declare.

TERECINDA.

¡Por la virtud que tiene
esta esponjosa piedra,
desde el nevado Cáucaso traída,
que en este vaso viene!
¡Por esta blanca yedra,
qu'en la cumbre del Hemo fue cogida,

que luego sea movida
tu voluntad al ruego!,
¡oh Plutón!, ¡oh Prosérpina hermosa!
¡Y sin negamos deste caso cosa,
nos deis aviso luego
si la demanda mía y de Teodora
moverán hoy el pecho de Eliodora!

TEODORA.

¡No pases adelante,
Terecinda, en tu apremio,
que siento estremecerse el hondo centro!
¡Que tu voz resonante
forzó que nos d'el premio
que pedimos al dios que vive dentro!

TERECINDA.

¡Oh congojoso encuentro!,
¡la Muerte nos envía
por respuesta!, ¿qu'es esto, Infierno duro?
¿Tan poco es lo que puede mi conjuro?
¿Ésta es la fuerza mía?
que hacer suele que ese reino tema
y de ver enojarme de horror trema?

TEODORA.

Refrena tu aspereza,
que con la dura muerte
también se nos demuestra una corona
que el temor y crueza
deshace y dulce suerte
promete, con que el miedo se abandona;
a Leucino corona,
dando a su pena dura
descanso. Ve, Leucino, y esas sienes
rodea con ella, que seguro tienes
el premio, y tu ventura
te concede que en triunfo de vitoria
des muerte a tus trabajos hoy con gloria.

LEUCINO.

Pues Amor corresponde
a mi deuda debida,
quiero con ella laurear mi frente;
mas, ¿cómo se me absconde?,
¿cómo la veo perdida

ante mis ojos, viéndola presente?
¿Cómo agora está ausente?
Sin duda se fue al cielo
o algún dios la llevó para ponerse.
Quiero apartarme aquí; ya deja verse.
Para el bien de mi duelo,
desta vez no es posible no cogella.
¡Ya la tengo!, ¡ay de mí!, ¿do está?, ¿qué es della?

TERECINDA.

Leucino, no te quejes
por ver que se te absconda
esa corona. Vuelve acá y advierte
que no está en que la dejes,
que no te corresponda
a tu deseo la piadosa suerte.
Toma y lleva esa muerte
que declara que muere
hoy tu trabajo. Y vamos ya, Teodora:
veremos la respuesta de Eliodora.

TEODORA.

Al caso se requiere
que vamos ya, y más punto no tardemos,
pues señales tan prósperas tenemos.

TERCERA JORNADA

Argumento de la tercera jornada

Porcero va a casa de Eliodora, y Teodora y Terecinda, alcagüetas, entran a hablalle por ruego de Porcero. Dale su recaudo; áfrase contra todos. Venus, en la figura de Felicina, le ruega por Leucino, y sin acabar nada los echa de casa. Descúbrese Venus quién era. Viene Leucino con Hortelio y Farandón; quieren hacer fuerza a Eliodora en su casa. Mata Eliodora a Hortelio; viene la Justicia. Infama Leucino a Eliodora delante de la Justicia y de sus padres de Leucino y Eliodora. Atestigua Farandón. Llévanlos a la cárcel a Leucino, Farandón y Eliodora.

Personas de la tercera jornada

PORCERO, alcahuete.

ELIODORA, dama.

VENUS, en Felicina.

TEODORA, alcahueta.
TERECINDA, alcahueta.
FELICINA, criada.
MORFEO, sueño.
LEUCINO, galán infamador.
HORTELIO, criado.
FARANDÓN, rufián.
JUSTICIA.
ESCRIBANO.
CORINEO, padre de Leucino.
HIRCANO, padre de Eliodora.

[ESCENA I]

[PORCERO, solo]

PORCERO.
Camina ya, Porcero, pues te llama
la próspera ventura a eternizarte
en un hecho de honor, provecho y fama,
que promete a los astros levantarte;
hoy tu nombre en el mundo se derrama
si tienes a Eliodora de tu parte;
hoy en riqueza alcanzarás más bienes
que Minias, Creso, Craso ni Aquimenes.
No es tiempo ya de diferir momento
de verme en la presencia de Eliodora
y hacerle mudar el casto intento,
que tan rebelde estuvo con Teodora;
hoy de Leucino acaba el cruel tormento
y mi triste pobreza se mejora,
que Eliodora, a quien veo, aunque rehúya,
hará mi voluntad contra la suya.

[ESCENA II]

[ELIODORA, VENUS EN FELICINA, PORCERO, TEODORA]

ELIODORA.
¿Qué me dices, Felicina,
de los libros que leímos
anoche, pues ambas fuimos
mohínas de su doctrina?

VENUS.

Eso te quise decir,
y por no usar de osadía,
llena de melancolía
te dejé y me fui a dormir.

ELIODORA.

¿Notaste cuál nos ponían
a las míseras mujeres?

VENUS.

¡Con bien necios pareceres
los Momos nos ofendían!

ELIODORA.

Quise, así tengas sosiego,
hacellos 'ambos pedazos,
y hechos muchos retazos,
arrojallos en el fuego.

PORCERO.

Yo seguro que he de ser
reprehendido y culpado,
porque tres días han pasado
que no os he venido a ver;
y aunque conozco en la culpa
que no hay con qué me disculpe,
como yo mismo me culpe
es bastante por disculpa.

ELIODORA.

Porcero, de cualquier modo
que lo hagas es hacernos
merced, mas venir a vernos
es merced que excede a todo.

PORCERO.

Esa ilustre voluntad
tengo tan creída así,
cual sabe el mundo de mí,
sin lisonja y con verdad;
mas dime, aquello dejando,
pues es negocio tan llano:
¿qu'es de mi señor Hircano?

ELIODORA.

¡A comer le está aguardando!

PORCERO.

¿Está fuera de Sevilla?

ELIODORA.

Sí, que a un negocio importante
con Crasilo y con Durante
tres días ha que fue a Almensilla.

PORCERO.

¿En qué te has entretenido
en su ausencia estos tres días?

ELIODORA.

En cien mil melancolías,
con dos libros que he leído.

PORCERO.

¿Tan grande letora eres?

ELIODORA.

Sí, mas éstos me han cansado,
porque todo su cuidado
fue decir mal de mujeres.

PORCERO.

Suplícote que me nombres
los nombres de esos autores
que ofenden vuestros loores.

ELIODORA.

Son dos celebrados hombres.

PORCERO.

¿Qué hay que celebrar en ellos
si ofenden vuestra bondad?
Mas, dime con brevedad
quién son para conocellos.

ELIODORA.

El uno es el Arcipreste
que dicen de Talavera.

PORCERO.

¡Nunca tal preste naciera
si no dio más fruto qu' éste!

ELIODORA.

El otro es el secretario
Cristóbal del Castillejo,
hombre de sano consejo,
aunque a mujeres contrario.

PORCERO.

¡Cuánto mejor le estuviera
al reverendo Arcipreste,
que componer esta peste,
dotrinar a Talavera!
¡Y al Secretario hacer
su oficio, pues dél se precia,
que con libertad tan necia
las mujeres ofender!

ELIODORA.

Cierto que tienes razón
y en eso muestras quién eres;
que decir mal de mujeres
ni es saber ni es discreción.
A la puerta oigo llamar.
¡Ve a responder, Felicina!

VENUS.

¡A Venus, diosa divina,
mujer la viene a mandar!
¡Ya voy, señora! ¿Quién llama?

TEODORA.

Felicina, di a Eliodora
que hablarle quiere Teodora,
su sierva y quien más l'ama.

VENUS.

Yo llevaré tu recado
y traeré luego respuesta.
¡Venus!, ¡la ocasión se apresta!
¡Ten el fuego aparejado!
Señora, la vieja viene.

ELIODORA.

¿Qué vieja?

VENUS.

La que mesamos.

ELIODORA.

¿Que aun osa venir do estamos?

¿Tan poca vergüenza tiene?

¿Díjote qué es lo que quiere?

VENUS.

Dice que le des licencia
para verse en tu presencia.

ELIODORA.

¡No será mientras viviere!

PORCERO.

Pues sólo quiere hablarte,
permite, señora, vella,
que yo vengo en nombre della
esto mesmo a suplicarte.
Viene a pedirte perdón
si en algo te dio disgusto,
y pues lo que pide es justo,
acepta su petición.

ELIODORA.

¿Qué te parece, Porcero?

¿Que es razón que hable yo
a quien tal cosa intentó?

PORCERO.

¡Sí, pues yo soy el tercero!

VENUS.

Conmoveráte a piedad
verla cual viene temblando,
su inadvertencia llorando
y acusando su maldad.

PORCERO.

Dame lástima y dolor
oír lo que se lastima
de tu enojo, y lo que intima
tu ardiente saña y furor;
y así después de otorgalle
licencia de entrar a verte,
le has de hablar de tal suerte
que tu habla sea animalle.

ELIODORA.

Pues tan buen padrino tiene,
Felicina, dale entrada.

VENUS.

¿Ha de entrar acompañada
con otra vieja que viene?

ELIODORA.

¡Dales a entrambas la puerta!

VENUS.

Sí daré, y a ti tal fuego
que des, perdiendo el sosiego,
al amor el alma abierta.
¡Madres!, ¡bien podéis venir,
que licencia os da Eliodora!

[ESCENA III]

[ELIODORA, VENUS EN FELICINA, PORCERO, TEODORA, TERCINDA]

TEODORA.

¡Dios te haga, gran señora,
te logre y deje vivir!
Mas dime: ¿está ya aplacada
del enojo que tenía?

VENUS.

¡Por vuestras vidas y mía
que no se acuerda de nada!

TEODORA.

Dame, señora, esas manos
con piedad para besallas
y con lágrimas regallas
contra tus enojos vanos.

ELIODORA.

Madre, ese comedimiento
está en mí muy escusado,
que no merece mi estado
tan honroso cumplimiento.

TEODORA.

Si lo que en razón mereces
se te hubiera aquí de dar,
Juno te debe adorar,
pues su deidad le engrandeces;
y dejando esto a una parte,
por ser cosa tan sabida,
vengo a que seas hoy servida
de escucharme y no alterarte.

ELIODORA.

Como sea tu razón
tal que no ofenda mi oído,
será tu deseo cumplido
y acepta tu petición.

TEODORA.

Hija, mi deseo es servirte,
mi ánimo darte gusto,
aborrecer tu desgusto
y huir de deservirte;
y con este presupuesto
podrás, señora, entender
que yo no podré hacer
cosa que se aparte desto.
Aunque el otro día alterada,
aguardar no me quisiste,
agora que me admitiste
sabrás qu' ésta es mi embajada:
Leucino te quiere y ama,
el cual envía a pedirte
que le permitas servirte
sin ofensa de tu fama.
Bien conoces su nobleza,
su ilustre sangre y valor,
la fuerza del casto amor
con que adora tu belleza.

ELIODORA.

¿Qué hablas, desvariada,
maldita vieja, enemiga
de mi gloria?, ¿quién te instiga?
Dime: ¿estás endemoniada?
¡Vete!, ¡no pares aquí!
¡Y tu boca no se abra,
que en respondiendo palabra
tomaré venganza en ti!

TEODORA.

Tiempla, Eliodora, esa ira.
No te alteres con tal furia,
que hasta agora no te injuria
mi razón, que así te aíra.

ELIODORA.

¡Traidora, no hables más!
¡Deja luego mi presencia!

PORCERO.

Modérate con paciencia
y tu sinrazón verás.

ELIODORA.

¿Esto llamas sinrazón?

PORCERO.

Sí, porque en lo que te dice
no hay porqué te escandalice
ni te prive de razón;
que si Leucino te pide
por su mujer, ya le ha sido
de tu padre concedido,
y así no se descomide.

ELIODORA.

¿También sigues tú su parte?

PORCERO.

En esto la razón sigo.

ELIODORA.

¡Pues yo a ti como enemigo
debo en todo recusarte!

VENUS.

No te alteres de esa suerte.
Mira que el señor Porcero
es amigo verdadero,
si en su proceder se advierte.

TERECINDA.

Así tenga yo la vida
cual el señor le aconseja.

ELIODORA.
Dígame en qué, buena vieja.

TERECINDA
Sí diré si soy oída.

ELIODORA.
Di, que yo te daré oído.

TERECINDA.
Pues que tú me das licencia,
como quien tiene experiencia
te diré lo que he sentido:
que demandarte Leucino
por su mujer no te ofende,
si en matrimonio pretende
gozar tu valor divino;
y así debes conceder
la demanda de Teodora,
y a Porcero desde agora
por más amigo tener.

VENUS.
Deja esa ciega pasión,
deja esa riguridad;
admite en tu mocedad
compañía de varón;
vuelve el odio riguroso
en placer y regocijos;
toma esposo y habrás hijos,
de Venus don glorioso.

ELIODORA.
¡Venus no tiene en mí parte,
y así quiero carecer
de su fruto y su placer!

VENUS.
¡Mira no sea en castigarte!

ELIODORA.
¡No puede en mí su castigo!

PORCERO.
Señora, pueda razón,

que dejando la pasión
vengas a lo que te digo.

VENUS.

Siendo lo que te conviene,
razón será que lo hagas,
y que en fe le satisfagas
al que no es razón que pene.
Trujérate mil ejemplos
de reinas, ninfas y diosas
que amando son hoy gloriosas,
con estatuas, aras, templos.

ELIODORA.

¡Enemigos de mi honor!:
¡haced de mí larga ausencia!
¡No estéis más en mi presencia,
que me encendéis en furor!
¡Y tú, falsa Felicina,
que tal consejo me das!:
¡no me hables ni veas más,
y con los demás camina!

[ESCENA IV]

[PORCERO, VENUS EN FELICINA, TEODORA, TERCINDA]

PORCERO.

¡Sin efecto hemos venido!
¡Mal lance echamos, Teodora!
¡Nada conmueve a Eliodora!
¡Ella nos dejó y se ha ido!

VENUS.

No es parte el irse. Advertí
y conocedme quién soy:
que soy Venus, aunque estoy
en traje mortal, y así
id luego y decí a Leucino
lo que pasa, y que por fuerza
la saque, que esfuerzo y fuerza
le daré, y favor divino.
¡No os detengáis!, ¡partid luego!

PORCERO.

¡A cumplir vamos tu mando!

VENUS.

Id, que en caso tan infando
se me abrasa el alma en fuego.
Quiero esta forma dejar
a Felicina su dueño,
y enviar al dios del Sueño,
que no es tiempo de aguardar.

[ESCENA V]

[ELIODORA, sola]

ELIODORA.

¡La falsa de mi criada,
que también me persuadía!
¡Sin dubda que ella venía
con los demás conjurada!
Dar quiero aviso a las damas,
que si a casa se viniere,
cuando tal maldad hiciere
la arrojen en vivas llamas.

[ESCENA VI]

[VENUS, MORFEO]

VENUS.

¡Morfeo, parte volando!
¡No te detengas aquí!

MORFEO.

Yo me voy, cumpliendo así,
Venus, tu precioso mando.

VENUS.

A mí me conviene ir luego
a darle a Leucino aliento,
y que venga en un momento
en ira y coraje ciego;
que no cumple a mi deidad
que Eliodora se resista
de mi amorosa conquista
sin hacer mi voluntad.

[ESCENA VII]

[ELIODORA, FELICINA]

ELIODORA.

¡Traidora!, ¿osaste volver
ante mí? ¡Vuelve huyendo!

FELICINA.

Señora, yo no te entiendo
si no te das a entender.

ELIODORA.

¿Que no me entiendes, traidora?
¡Vete!, ¡no me des respuesta!,
que mi voluntad es ésta:
¡Sigue a Porcero y Teodora!

FELICINA.

¿A quién me mandas seguir
sino a ti para servirte?

ELIODORA.

¡Ya no sirve el comedirte,
que a mí no me has de servir!

FELICINA.

Señora, ¿qu'es tu pasión?,
¿en qué te ofendí jamás,
si no es amarte más
que a la vida y corazón?

ELIODORA.

Di, falsa: si tú me amabas,
¿cómo agora el ruego fiero
de las viejas y Porcero
seguiste y me aconsejabas?

FELICINA.

De eso todo estó inocente.
¿No me hallaste en la cama?

ELIODORA.

¡Después de urdida la trama
se quiere hacer que no siente!
¿No estuviste agora aquí
con las dos viejas Claudinas?

FELICINA.

Señora, ¿echas bernaldinas?,
¿qué dices?, ¿estás en ti?
Yo, desde que me acosté
hasta agora, he estado envuelta
en las sábanas, que suelta
del sueño jamás quedé.

[ESCENA VIII]

[ELIODORA, FELICINA, LEUCINO, HORTELIO, FARANDÓN]

LEUCINO.

Hortelio y Farandón, amigos míos,
armas y corazones aprestemos,
que ya acabó mi ruego a los desvíos
d'Eliodora, mi ansia en sus extremos.
Pague los insolentes desvaríos
que siempre usó conmigo, y no aguardemos
a razones, mas haga el duro apremio
que por fuerza me dé el rogado premio.
Ésta es la casa. ¡Sus!, ¡ganad la puerta!
¡No nos tardemos más, que así conviene!
¡Que viva ha de ir conmigo o quedar muerta,
aunque en su guardia Némesis la tiene!

ELIODORA.

¡Agora veo la horrible muerte cierta!
¡Ay, sin ventura, que Leucino viene!
¡Cierra esa puerta apriesa, amiga amada?

FELICINA.

¡No puedo, que la tienen ya ganada!

LEUCINO.

Tu dureza, Eliodora rigurosa,
me trae cual ves a la presencia tuya
a pedirte que elijas una cosa:
¡morir aquí o que mi mal concluya!

ELIODORA.

No será tu amenaza poderosa
para que por temor mi honor destruya,
que no me espanta la espantosa muerte,
la cual recibiré con pecho fuerte.

LEUCINO.

¡Recibirás con muerte triste afrenta!

ELIODORA.

Anda, que no hay afrenta que m'afrente
estando de tu vano intento esempta,
ni hay cosa que mi ánimo amedrente.

HORTELIO.

¡Desta suerte has de ir, pues te contenta!

FELICINA.

¡Justicia! ¿Tal insulto se consiente?

LEUCINO.

¡Calla, traidora!

FELICINA.

¡Guarte tú, inhumano!

HORTELIO.

¡Ay, que me ha muerto!, ¡ay, cielo soberano!

LEUCINO.

¡Con esta mano le daré venganza
a mi criado, a quien cruel has muerto!

ELIODORA.

¡Si llegares a mí, de tu esperanza
verás el fin con ver tu pecho abierto!

FELICINA.

¡Justicia!, ¿no hay Justicia?, ¡la tardanza
en irla yo a llamar es desconcierto!

LEUCINO.

¡Mira que morirás si te defiendes!

ELIODORA.

¡Tú morirás si a mí llegar pretendes!

[ESCENA IX]

[ELIODORA, FELICINA, LEUCINO, HORTELIO MUERTO, FARANDÓN,
JUSTICIA, ESCRIBANO, CORCHETES]

JUSTICIA.

¡Tened a la Justicia!, ¿quién ha sido?,
¿quién ha privado de la vida este hombre?

LEUCINO.

¡Esta mujer, ajena de sentido,
por haber de cruera tal renombre!

JUSTICIA.

¿Es verdad qu'este insulto has cometido?

ELIODORA.

¡Sí!, ¡yo le di la muerte!, ¡y no te asombre
que si un punto a venir te detuvieras,
muertos a esos dos cual ése vieras!

ESCRIBANO.

Bien claro dice qu'ella le dio muerte,
y la sangrienta daga lo declara.

JUSTICIA.

Sin apremio confiesa el hecho fuerte,
qu'en decir la verdad no ha sido avara.

[ESCENA X]

[ELIODORA, FELICINA, LEUCINO, HORTELIO MUERTO, FARANDÓN,
JUSTICIA, ESCRIBANO, CORCHETES, CORINEO, HIRCANO]

CORINEO.

¡Hijo!, ¿qu'es esto?, ¿qué contraria suerte
te ha sucedido?

LEUCINO.

Una hazaña rara
en maldad: qu'esta pérvida le ha dado
sin ocasión la muerte a mi criado.

HIRCANO.

¿Súfrese tal maldad, tan dura afrenta?
¿Tal suceso en mi casa? ¡Oh, justo cielo!,
¡dame venganza o haz que yo no sienta
tal infamia, dejando el mortal velo!

JUSTICIA.

Ilustre Hircano, el caso que atormenta
tu ánimo y provoca a triste duelo,
no se remedia con hacer extremos,
pues estorban qu'el hecho averigüemos.
Dime, Leucino, qué ocasión tuviste
de haber venido adonde estás agora,
si este muerto contigo lo trujiste
y por qué causa lo mató Eliodora.
Ella confiesa, y pues presente fuiste
al suceso, declara, si en ti mora
verdad, todo el suceso desta historia
porque yo la encomiende a la memoria.

LEUCINO.

Pluguiera a Dios se abriera aquí la tierra
y a mí solo en su centro me tragara,
y en el sulfúreo reino que en sí encierra
en cuerpo y alma como estoy lanzara,
antes que yo viniera a darte guerra,
tu maldad, ¡oh Eliodora!, haciendo clara;
mas soy forzado y por apremio digo
la verdad, recelando el cruel castigo:
El caso es que yo, hallando un día
a Eliodora en la bética ribera,
quedé en ver su belleza y lozanía
cual nieve al sol o cual al fuego cera;
habléle, y con honrosa cortesía
me respondió y preguntó quién era;
yo satisfice a su pregunta, y luego
los dos nos encendimos en un fuego.
Levantóse, y poniéndose en camino
para volverse, dile yo la mano
y ella me dio la suya y hizo dino
del primer don que da el Amor tirano;
llegando aquí me dijo: ve, Leucino
(pegando al mío su rostro soberano)
y esta noche podrás volver a verme,
si piensas en amor corresponderme.
Hícelo así, y luego que la obscura
sombra ocupó con su tiniebla el suelo,
inspirado de Amor y mi ventura,
seguí la suerte que me daba el cielo;
halléla a una ventana, que la pura
Luna miraba, y luego sin recelo
me bajó a abrir, y yendo a sólo vella
gocé a mi gusto aquella noche della.

Desta suerte han pasado ya dos años
qu'ella a mi casa y yo a la suya yendo
hemos vivido, usando mil engaños,
nuestro fuego con ellos encubriendo;
tras desto, añadió a un daño muchos daños
esta cruel, su natural siguiendo,
y fue qu'en este amor que me fingía
por ese muerto sin descanso ardía.
Viéndose el triste mozo combatido
desta inconstante, me llamó en secreto
y el caso me aclaró, y de mí sabido
de otras personas, la dejé en efeto.
Ella, de ira el ánimo encendido,
la venganza eligiendo por decreto,
a llamarme envió y que me rogaba
trujese a Hortelio, porque así importaba.
Yo, triste, inadvertido de mi daño,
vine, y nunca viniera, porque al punto
que llegué le dio a Hortelio un golpe extraño
que en tierra lo arrojó, cual veis, difunto.
Revolvió sobre mí, yo con engaño
le hurté el cuerpo porque estaba junto,
y pasó el golpe; entonces, della asiendo,
entrastes a las voces acudiendo.

CORINEO.

¡Calla, fiero! ¡No pases adelante,
que lo dicho a mil muertes te condena,
y al infierno el gran Júpiter Tonante
te arroje a padecer eterna pena!

JUSTICIA.

¿Esto es verdad?

FARANDÓN.

Señor, verdad bastante,
¡No dice cosa de verdad ajena!

JUSTICIA.

Eliodora, ¿qué dices tú sobr'esto?

ELIODORA.

¡Que todo es falsedad cuanto ha propuesto!

LEUCINO.

¿Falsedad? ¡Verdad pura es la que digo!

JUSTICIA.

Y tú, ¿qué entiendes desto?, ¿sabes algo?

FELICINA.

¡Que es maldad cuanto dice ese enemigo!

LEUCINO.

¡La verdad digo a fe de hijodalgo!
Farandón está ahí, qu'es buen testigo
de todo lo que pasa; pues no valgo
en este caso yo, él te lo diga,
que ha sido el secretario en nuestra liga.

JUSTICIA.

¿Qué dices, Farandón?

FARANDÓN.

Señor, qu'es cierto
cuanto Leucino mi señor declara;
que yo me hallé en todo y fui al concierto
la primer noche, y ésta es verdad clara.

JUSTICIA.

¿Por qué y de quién ha sido este hombre muerto?

FARANDÓN.

De celos que Eliodora en crueldad rara
tuvo dél, y porque dio a Leucino
cuenta de su amoroso desatino.

ELIODORA.

Ésa es traición, que no le di la muerte
sino por evitar la injusta fuerza
que me quiso hacer!, ¡y en esto advierte
qu'es verdad, y tu vara no se tuerza!

JUSTICIA.

No torcerá, mas yo haré ponerte
donde tu voz, que así a hablar se esfuerza
habiendo hecho un crimen semejante,
cese. ¡Y quitá ese cuerpo de delante!
¡Llevad ésta a la cárcel, y sea puesta
en estrecha prisión do esté segura!

CORINEO.

Será de mí una razón propuesta,
si a hablar tu licencia me asegura.

JUSTICIA.

Di, que nunca jamás me fue molesta.

CORINEO.

Digo que no sea puesta en prisión dura
Eliodora, mas libre, y sea llevado
mi hijo y crudamente castigado.

HIRCANO.

¡Ella es digna de muerte y no Leucino,
y así mi hija sea castigada
como rea, pues ella abrió el camino
para este mal, y así sea ejecutada!

CORINEO.

¡Mi hijo solamente es el qu'es dino
de muerte, pues por él es infamada,
quebrantando tu casa, cual ha dicho,
si se tiene memoria de su dicho!

HIRCANO.

Si ella a él la entrada no le diera,
no la infamara él ni la gozara;
y pues ella la puerta le dio, ¡muera!,
y él quede libre, qu'es justicia clara.

CORINEO.

¡Esa misma razón a muerte fiera
le condena!

HIRCANO.

¡Esa ley mesma lo ampara!
¡Qu'el hombre puede entrar donde quisiere
o do le dan la entrada si pudiere!

JUSTICIA.

Cese vuestro alboroto, y sea cumplido
lo que tengo mandado. ¡Partid luego
con ella, y a ese mozo levá asido,
y a Leucino también por preso entrego!

HIRCANO.

¡Que castigues mi hija sólo pido!

CORINEO.

¡Que la sueltes y muera mi hijo ruego!

JUSTICIA.

Lo qu'en ley debo ejecutar sobr'esto,
vamos, que todos lo veréis muy presto.

CUARTA JORNADA

Argumento de la cuarta jornada

Hircano, padre de Eliodora, determina matar la hija en la cárcel con un bocado. Llévaselo Felicina; vuélvese en flores. Pronuncian la sentencia de muerte a Eliodora; va el Escribano a notificársela; halla a la puerta de la cárcel dos salvajes que le impiden la entrada. Va la Justicia, sale la diosa Diana, y delante de Hircano, el padre de Eliodora, y de la Justicia, Leucino se retrató de lo que había dicho contra Eliodora. Fue condenado a echar en un fuego Farandón, y Leucino en el río. Sale Betis; pide a Diana que no mande que en sus ondas echasen tan mal hombre, manda que lo entierren vivo, y con gran alegría llevan a su casa a la virgen Eliodora.

Personas de la cuarta jornada

HIRCANO, padre de Eliodora.

FELICINA, criada.

ELIODORA, dama.

JUSTICIA.

PELORO, caballero.

ESCRIBANO.

HIPODAURO, salvaje.

DEMOLIÓN, salvaje.

DIANA, diosa de la Castidad.

LEUCINO, galán infamador.

FARANDÓN, rufián.

BETIS, río.

[ESCENA I]

[HIRCANO, solo]

HIRCANO.

¡Rompa la voz de mi lloroso acento

las sidéreas regiones! ¡Oiga el mundo
mi mal y la crueza que hoy intento!
Y nadie entienda qu'en crueza fundo
dar a mi hija muerte cual dar quiero,
ni que me inspira Furia del profundo,
que yo no tengo el corazón de acero,
ni nascí de los riscos ni montañas,
ni me crió dragón ni tigre fiero.
Hombre soy, de hombre tengo las entrañas,
tiernamente cual hombre me lastimo
y lloro mis fatigas tan estrañas;
mas deste sentimiento me reprimo
viéndome por mi hija en tal afrenta,
que su muerte no siento y mi honra estimo;
y así, aunque muera, es causa que no sienta
con la terneza que debía su muerte,
viendo ser ella la que así me afrenta.
Ejemplo es éste que al varón más fuerte
y de mayor constancia pondrá espanto,
y le hará dudar la estraña suerte.
Pudo el honor de Hipodomante tanto
viendo su hija de Aqueloo forzada,
que le dio muerte sin oír su llanto;
Órcamo enterró viva su hija amada
porque le robó Apolo su pureza,
dándola así a su honor sacrificada.
Pues si éstos se canta por grandeza
dar a sus hijos muerte por su honra,
dársela yo a la mía no es crueza,
que no me ofende menos ni deshonra
la maldad que mi hija ha cometido
si la nobleza de quien soy me honra.
Al fin yo estó en que muera resumido
en la prisión, pues ha de morir cierto
por justicia, su término cumplido;
así será mi daño más cubierto,
que no verla sacar de las prisiones
ajusticiar, el día descubierta;
así confundiré las opiniones
qu'en esto hay, pues dándole un bocado
lo acaba todo, y solas mis pasiones
empezarán hasta que sea acabado.

[ESCENA II]

[FELICINA, HIRCANO]

FELICINA.

El son de tus tristes quejas
hizo en mí tal impresión,
que abrasando el corazón
el cuerpo sin alma dejas;
y no sólo tu dolor
me tiene de aquesta suerte,
mas ver que quieres dar muerte
a Eliodora con rigor.

HIRCANO.

Felicina, así conviene
que muera por su malicia
y no en poder de Justicia,
pues al fin de morir tiene.
Yo le tengo aparejado,
aunque tal crueldad se note,
por arras, tálamo y dote,
un mortífero bocado.
Tales confaciones lleva
y va hecho de tal modo,
que no está en comello todo
para morir quien lo prueba;
tú lo tienes de llevar,
y mándote qu'en secreto
lo pongas luego en efeto
y me vengas a avisar.

FELICINA.

Señor, mándame otra cosa
y hazme ésta escusada.

HIRCANO.

¡No hay que replicarme nada,
sino ir luego presurosa!
Esto es lo que cumple en esto
y cumple a ella y a mí:
yo voy a traello aquí.
¡Aguárdame en este puesto!

[ESCENA III]

[FELICINA, sola]

FELICINA.

¡Ay, triste de ti, Eliodora,
sin culpa ofrecida a muerte,
cuya miserable suerte
Hispalis y el mundo llora!
¿Es posible que he de ser
ministro de tal crueldad,
y que mi fidelidad
tal hecho ha de cometer?

[ESCENA IV]

[HIRCANO, FELICINA]

HIRCANO.

Ya te he dicho, Felicina,
que cumple que vayas presto:
lo que has de llevar es esto,
que es la cierta medicina.
El secreto y diligencia
no tengo qu'encomendarte.
Yo voy a casa a aguardarte.
¡Tú ejecuta con violencia!

[ESCENA V]

[FELICINA, sola]

FELICINA.

¡Desventurada de mí!
¿Dónde voy?, ¿qué razón sigo?
¿Qué Megera va conmigo?,
¿qué Alecto me lleva así?
¡No es posible que no sea
furor infernal el mío,
pues tan ciego desvarío
el alma me señorea!
Mi señor manda que dé
a Eliodora este bocado,
que entiende que su mandado
puede más que no mi fe.
¡Engañado está en razón!
¡Contrario camino sigue,
porque no hay ley que me obligue
a sacarme el corazón!
Mas, ¡ay!, ¡en qué duda estó,
de contrarios combatida,

sin poder darle la vida
ni dejar de morir yo!
¡Forzosa ha de ser mi muerte,
porque si muere Eliodora,
Felicina, que la adora,
seguirá la misma suerte!
La cárcel es ésta, ¡ay, cielo!,
¡cómo la muerte me cerca,
y a Eliodora se le acerca
la misma miseria y duelo!
Ambas hemos de acabar,
que razón lo manda así;
y pues cumple, ¿qué hago aquí?
¡A dársela quiero entrar!

[ESCENA VI]

[ELIODORA, sola]

ELIODORA.

¿De quién serán mis quejas
y mi mal entendido,
en estado tan triste y peligroso,
cielo, si tú me dejas
y no les das oído,
mostrándote a mi llanto riguroso?
¡Tú, que del afrentoso
insulto que sin culpa soy culpada,
sabes la verdad pura!
¡Tú, en mi angustia y tristura,
aclara mi inocencia condenada!
¡Ya que pague la vida,
que no sea mi pureza así ofendida!

[ESCENA VII]

[FELICINA, ELIODORA]

FELICINA.

¿Qué haces, señora mía,
en tu miserable suerte?

ELIODORA.

Estó esperando la muerte
por momentos cada día.

FELICINA.

Ten, señora, confianza,
qu'el cielo, a quien tú te quejas,
oído dará a tus quejas
y a tu inocencia venganza.

ELIODORA.

En él pongo mi justicia,
pues él sabe la verdad;
él guarde mi honestidad
y castigue esta malicia.

FELICINA.

Sí hará, y así lo entiendo
de su bondad y clemencia
que has de salir por sentencia
libre deste insulto horrendo;
y en confianza de aquesto,
te traigo un regalo aquí.

ELIODORA.

¿Regalo? ¡No es para mí,
qu'el mío pasó muy presto!
La muerte podrás traerme,
qu'es el regalo que espero;
que otro regalo no quiero
ni otro puede apetecerme.

FELICINA.

Espera en Dios el remedio
y comamos esto agora,
mas con condición, señora,
que has de partillo por medio.

ELIODORA.

¡Pártelo tú de tu mano!

FELICINA.

Sí haré, y será igualmente.
¡Oh ánimo de serpiente,
con un ángel soberano!,
recibe desta tu sierva
esta conserva en regalo.

ELIODORA.

¡No ha estado el donaire malo!

¿Flores me das por conserva?

FELICINA.

¡Señora, el yerro fue en mí,
que turbada en tus dolores
dije conserva por flores!

ELIODORA.

¡Bueno está!, ¡quédese ahí!
Allá dentro nos entremos,
porque gente oigo venir.

FELICINA.

Tras ti voy. Bien puedes ir,
que no es bien que aquí aguardemos.
¿Quién ha visto tal mudanza?
¡Volverse en flor el veneno!
¡Prodigio es, y es tan bueno
que me da buena esperanza!

[ESCENA VIII]

[JUSTICIA, PELORO, ESCRIBANO]

JUSTICIA.

Doy la palabra que quisiera en esto
hacer, señor Peloro, vuestro mando,
cual siempre mi deseo está dispuesto,
lo qu'es serviros sólo deseando;
mas en esta ocasión, juro y protesto
que ni puedo ni es justo, contemplando
de Reicenio las culpas y maldades,
infamias y otras mil atrocidades.

PELORO.

Cierto que yo, señor, venía informado
muy diferente de eso que os he oído,
porque a entender me dieron que aún pecado
para estar preso así no ha cometido.

[JUSTICIA]

No hay preso que confiese qu'es culpado,
aunque sea en Derecho convencido:
siempre se justifican de inocentes
aunque cien mil testigos vean presentes;
y porque no entendáis qu'es pasión mía

o rancor que le tengo, estad atento;
oiréis que se le prueba en solo un día,
después que se cumplió mi mandamiento:
una mujer le pide, a quien servía
con promesas, que en firme casamiento
sería su marido, y dél gozada
con otra se casó y dejó burlada;
otra presenta dél una querella,
diciendo que una hija infamó suya;
él se desdice, habiendo dicho della
cosas que es justa ley que lo destruya.
No hay casada, viuda ni doncella,
ni hay deuda suya contra quien no arguya
y ofenda con su lengua, y demás desto
con su cuñada cometió un incesto.
Esto hay de Reicenio, y más que callo
déste que al mundo con su lengua infama.
¡Mirad vos si es justicia perdonallo
o si será arrojallo en viva llama!

PELORO.

No tengo que decir sino dejallo,
y porque a toda priesa ya me llama
un negocio, haré de vos ausencia.

JUSTICIA.

¡Siempre para os servir esté en presencia!

[ESCENA IX]

[JUSTICIA, ESCRIBANO]

JUSTICIA.

¿Traeisme la sentencia ya ordenada
para notificársela a Eliodora?

ESCRIBANO.

Señor, sí, sólo falta ser firmada
de ti, lo cual podrás hacer agora.

JUSTICIA.

¡Séame de palabra recitada!

ESCRIBANO.

Dice desta manera: Que a la hora
que todo el pueblo sea congregado,

para el fiero espectáculo ayuntado,
de la cárcel la saquen con prisiones
sobre una mula, y lleve de delante
pregoneros que digan en pregones
su crimen en voz alta y resonante;
vuelta de andar las estaciones
que la ley manda, sea al mismo instante
en la pública plaza degollada,
donde quedando muerta sea dejada.

JUSTICIA.

Buena está, yo la firmo de esa suerte.
Id a notificársela al momento
a Eliodora, y apréstese a la muerte,
pues ella fue ocasión de su tormento.

ESCRIBANO.

Con la razón que debo obedecerte,
voy, señor, a cumplir tu mandamiento.

JUSTICIA.

¡Cumple que sea con presta diligencia!

ESCRIBANO.

Será así ejecutada tu sentencia.

JUSTICIA.

¡Pague con muerte el crimen cometido
y muera la que así con tal torpeza
el blasón de sus padres ha ofendido,
sin tener advertencia a su nobleza!

[ESCENA X]

[ESCRIBANO, HIPODAURO]

ESCRIBANO.

Aquí es la cárcel donde soy venido.
Quiero notificarle con presteza
la sentencia a Eliodora. ¡Ah, carcelero!,
¡abrí!, ¡ah de la cárcel!, ¿no hay portero?

HIPODAURO.

¿Quién sois?, ¿qué demandáis 'aquesta puerta?

ESCRIBANO.

¡So escribano real de aquesta Audiencia!

HIPODAURO.

¡Volveos, que no os puede ser abierta,
y no habléis ni hagáis más resistencia!

[ESCENA XI]

[ESCRIBANO, solo]

ESCRIBANO.

¿Qu'es esto?, ¿estoy durmiendo?, ¿es cosa cierta
lo que he visto delante mi presencia?
Sin duda estoy soñando. ¡No!, ¡estoy cierto,
que claramente veo que estoy despierto!
Quiero volver y dar razón desto
al juez, que aguardándome ha quedado;
que yo no sé qué haga o diga en esto,
que voy sin mí de ver lo que ha pasado.

[ESCENA XII]

[JUSTICIA, ESCRIBANO]

JUSTICIA.

¡Huélgome que venido hayas tan presto!

ESCRIBANO.

Si vengo presto traigo mal recado.

JUSTICIA.

¿De qué suerte?

ESCRIBANO.

¡De suerte que temiendo
estoy aquí de lo que vi tremiendo!

JUSTICIA.

¿Qué traes?, ¿qué te alborota?, ¿qué te altera?
¡Sosiega el sobresalto! ¡Di qué ha sido
la ocasión que te trae de tal manera,
sin color, sin aliento, sin sentido!

ESCRIBANO.

Yendo a notificar la muerte fiera
a Eliodora, el entrar me fue impedido

por dos salvajes que hallé a la entrada
de la cárcel, que dellos es guardada.

JUSTICIA.

¿Salvajes? ¿Has soñado esa locura?

ESCRIBANO.

¿Soñado? ¡Ve allá!, ¡tú verás si es cierto,
porque des a mi sueño la soltura,
si duermo, o tú, señor, estás despierto!

JUSTICIA.

Ella es melancolía si se apura.
¡Vamos allá!, ¡reiré tu desconcierto!

ESCRIBANO.

¡Igual me reiré yo!

[ESCENA XIII]

[JUSTICIA, ESCRIBANO, DEMOLIÓN]

¡Esa es la puerta!
¡Llama apriesa!, ¡seráte luego abierta!

JUSTICIA.

¡Ah de la cárcel!, ¿no hay quien dé respuesta?

DEMOLIÓN.

¡Quien responda sí hay! Mas, tú qué quieres,
que tu jurisdicción aquí no presta,
y así te puedes ir, que no hay qué esperes.
Por Diana esta guardia fue aquí puesta
para defensa, si ofender quisieres
a Eliodora su virgen, cuyo apremio
quitará como a virgen de su gremio.

JUSTICIA.

¿Qué rumor oigo?, ¿qué clamor resuena?
¡Dame noticia desto, justo cielo,
qu'el temor de sentido me enajena
y la vista me ofusca un negro velo!

[ESCENA XIV]

[JUSTICIA, ESCRIBANO, DEMOLIÓN, DIANA]

DIANA.

Juez, que tienes puesta en tu cadena
mi virgen, sin tener de mí recelo,
dime: ¿en qué ley fundaste tu sentencia?
¿Cómo procedes con tan gran violencia?
¿Sólo el dicho de un bárbaro inhumano,
disfamador de la bondad inmensa
de las mujeres, tuvo tanta mano
contigo que les hagas tal ofensa?
¿Que temiendo tu ira de tirano,
del Cintio monte venga a ser defensa
de la intacta Eliodora, yo Diana,
diosa de decendencia soberana?
Y porque el hecho horrible sea punido
y en su gloria Eliodora restaurada,
¡su padre Hircano aquí me sea traído!

JUSTICIA.

¡Llevad vos, escribano, esta embajada!

ESCRIBANO.

¡De mí será ese mando obedecido!

JUSTICIA.

Tú, Diana, en los bosques adorada,
en el Infierno y en el alto Cielo,
servida en el Parnaso, en Cintio, en Delo:
Suplícote que a ira no te mueva
porque contra Eliodora di sentencia,
pues la muerte de un hombre se le prueba
y della es confesada sin violencia.
La ley sola me guía, ella me lleva,
ella es y no yo quien la sentencia,
de suerte, ¡oh pura virgen!, que no hay culpa
en mí, pues la justicia me disculpa.

DIANA.

No merece por esa muerte muerte,
sino vida y eterno nombre y gloria,
cual se verá en el fin de aquesta suerte
en la declaración de nuestra historia.

[ESCENA XV]

[DIANA, HIRCANO, JUSTICIA, HIPODAURO, DEMOLIÓN]

HIRCANO.

Diosa, que facultad me das de verte
y a mi bajeza ofreces tal victoria:
obedeciendo tu preciso mando
estoy do me mandaste, en ti adorando.

DIANA.

Hircano, solamente la injusticia
que te hacían y la ofensa horrible
me trae a ser ministro de Justicia
y a dar castigo a un caso tan terrible.
¡Pague el fiero Leucino su malicia!
¡Pague, que ya a los dioses no es sufrible!
¡Hipodauro!, ¡Demolió!

HIPODAURO.

¡Señora!

DIANA.

¡De la cárcel sacadme aquí a Eliodora!
Verás, Hircano, abierta y claramente
la poca culpa que tu hija tiene;
verás qu'en todo siempre fue inocente
y verás a quien desto el daño viene.

[ESCENA XVI]

[DIANA, HIRCANO, JUSTICIA, HIPODAURO, DEMOLIÓN, ELIODORA]

HIPODAURO.

Ya tienes a Eliodora aquí presente.

DIANA.

¡Quitalde esas prisiones! ¿Qué os detiene?,
que no es razón qu'el duro hierro apremie
a quien espera que mi mano premie.
Llégate acá, Eliodora gloriosa,
vivo esplendor de mi virgíneo coro,
por quien tengo mi suerte por dichosa
y por quien me engrandezco y más me honoro,
y esta corona ciña tu espaciosa
frente, adornada de esas hebras de oro,
y esta virginal palma est'en tu mano,
premio dino a tu intento soberano.

ELIODORA.

¿Cuándo fue, excelsa diosa, a mi bajeza
merced tan generosa concedida?

DIANA.

Vista, Eliodora, bien vuestra pureza,
a vuestro casto ánimo es debida;
y para que se entienda su grandeza,
los presos de quien sois así ofendida
saquen aquí. Verán su maldad clara
y lo que en gloria vuestra se declara.
Justo es que muera el hombre que ha infamado
mujer, o sea casada o sea doncella,
viuda, honesta o de cualquier estado
que sea, ora la sirva o huya della.

[ESCENA XVII]

[DIANA, HIRCANO, JUSTICIA, HIPODAURO, DEMOLIÓN, ELIODORA,
LEUCINO, FARANDÓN]

LEUCINO.

Traído so ante ti por tu mandado.

DIANA.

De ti ante mí Eliodora se querella,
en razón que con ánimo atrevido
infamada de ti sin causa ha sido.
Si tienes que alegar, responde luego,
pues del callar gran daño te resulta;
y que digas verdad te pido y ruego,
que a Dios, cual sabes, cosa no hay oculta.

LEUCINO.

Virgen, a quien el casto y puro fuego
la gente más remota y más inculta
del mundo te consagra en culto eterno,
haciéndote del cielo guía y gobierno:
Ya que así soy en tu presencia puesto,
y puesto 'acusación por Eliodora,
debo decirte la verdad en esto,
que la verdad ha de aclararse agora;
y así digo y declaro qu'el honesto
cuidado que en el casto pecho mora
de Eliodora, jamás dio al ruego mío
cabida, ni me oyó sin dar desvío;

y así digo que fue de mí infamada
injustamente en cuanto dije della,
sin que debiese en cosa ser culpada,
y esto es verdad, que fue por ofendella.

DIANA.

¿Fue de la ocasión alguna dada?

LEUCINO.

No, sino viendo no poder movella
a mi querer, determiné vengarme
con difamación, pues huía de amarme.

DIANA.

¡Al fin que por enojo y corrimiento
la difamaste, y no por culpa suya!

LEUCINO.

¡Ése fue sólo mi final intento!

DIANA.

¡Oye pues la final sentencia tuya!
A ése que afirmó con juramento
lo que no fue verdad, porque concluya
su mala vida, sea llevado luego
y echado vivo, como está, en un fuego.

FARANDÓN.

¡Oh, virgen Delia!, ¡muévate mi llanto
y ten piedad de la miseria mía!

DIANA.

Ministros míos, ¿qué aguardáis ya tanto?
¡Andad con él!, ¡acabe su porfía!

DEMOLIÓN.

¡Hoy tendrá fin su vida y su quebranto!

FARANDÓN.

¡Hoy es mi fin y postrimero día!
¡Y es justo, pues que fui testigo falso
contra Eliodora, cuya gloria ensalzo!

[ESCENA XVIII]

[DIANA, HIRCANO, JUSTICIA, ELIODORA, LEUCINO]

LEUCINO.

Si en ti, diosa Diana, veo que falta
piedad, ¿adónde iré a pedir consuelo,
si en tu glorioso corazón se esmalta
tal dureza y se olvida qu'es del cielo?

DIANA.

Leucino, agora la crueza asalta
mi tierno pecho, y con sangriento celo
quiero vengar mi virgen ofendida
por ti, y su honra restaurar perdida.
No te podrás quejar que nunca fuiste
avisado de aqueste trance duro,
pues a la diosa Némesis oíste
que huir desto te sería seguro.
Una corona y una muerte viste
haciendo las dos viejas su conjuro,
y atribuíste el caso prodigioso
a tu favor con disponer dudoso.

[ESCENA XIX]

[DIANA, HIRCANO, JUSTICIA, ELIODORA, LEUCINO, HIPODAURO,
DEMOLIÓN]

HIPODAURO.

Del modo que mandaste ha sido hecho
tu mando, y en ceniza convertido
queda aquél que huyendo el leal derecho
testificó lo nunca sucedido.

DIANA.

¡Éste, que sin piedad en duro estrecho
puso a Eliodora, a un grave peso asido
lo arrojad en el Betis y allí muera,
porque tal muerte tal maldad espera!

LEUCINO.

¿Es posible que no has de conmoverte,
delia Diana, al tierno llanto mío,
y que remisa en darme cruda muerte
así me mandas arrojar al río?

DIANA.

¡Eso no te repara de tu suerte!

LEUCINO.

¡Repáreme tu etéreo señorío!

DIANA.

¡No hay lugar ya! Demolión, ¿qué aguardas?
Y tú, Hipodauro, ¿en qué razones tardas?

DEMOLIÓN.

¡Sin hablar más razón, vamos, Leucino!

LEUCINO.

¡Oh dioses inclementes e inhumanos,
qu'entre tantos no hubo un dios benino,
sino todos crueles y tiranos!

HIPODAURO.

¡No blasfemes con tanto desatino!
¡Átale ya, Demolión, las manos,
y desde aquí podemos arrojallo!

[ESCENA XX]

[DIANA, HIRCANO, JUSTICIA, ELIODORA, LEUCINO, HIPODAURO, BETIS,
DEMOLIÓN]

BETIS.

¡Teneos, salvajes!, ¡suspendé el echallo!
Diana, no permitas que sea echado
en mis líquidas ondas ese fiero,
ni su maldito cuerpo sepultado
en el bético seno de mi impero.
Manda que sea a las fieras arrojado
o al fuego, cual su horrible compañero;
no en mí, que volveré a lanzallo fuera,
como lo echaren vivo, a la ribera.

DIANA.

Betis, honor de la vandalia gente,
entre los ríos del mundo el más famoso:
no me niegues en esto tu corriente.
¡Muera en ella este infame, al cielo odioso!

BETIS.

Diana, no es razón ni se consiente
dar sepulcro a ese injusto tan honroso,

que cuando sea tu voluntad cumplida,
valdrá más esa muerte que su vida.

DIANA.

Llevaldo luego, y vivo así en la tierra
dalde el último fin y alojamiento.

LEUCINO.

¡Virgen!, ¿por qué tu pecho así destierra
la piedad que tiene en él su asiento?

DEMOLIÓN.

¡No demande piedad el que así yerra!
Vamos de aquí, qu'es gran detenimiento,
y falta celebrar el alegría
de tan alegre y venturoso día.

[ESCENA XXI]

[DIANA, HIRCANO, JUSTICIA, ELIODORA, BETIS]

BETIS.

Excelsa virgen, dame tu licencia
qu'en vuelo baje a mi húmido profundo
y mis ninfas envíe a tu presencia
a celebrar la fiesta y día jocundo.

DIANA.

Anda, que bien merece esa excelencia
y que la Fama esparza por el mundo
el casto y claro nombre de Eliodora,
cantándolo del Betis al Aurora.
¿Estás, Hircano, satisfecho desto?

HIRCANO.

¡Nunca yo fui capaz de tanta gloria!

DIANA.

¡Y tú, juez, aprende a ser modesto
y esculpe este alto ejemplo en tu memoria!
Y pues la noche viene en vuelo presto,
dando aquí fin a nuestra ilustre historia,
vamos con esto en Híspalis entrando,
el triunfo de Eliodora celebrando.

FIN

